

REVISIÓN

(Jai guru Deva om)

de Pascual Carbonell

4º Filología hispánica

Pragmática literaria

Bernal García, Alba _____	Nota: 3,9
Cebrián Santamaría, Mara _____	Nota: 4,2
Espinosa Torres, Bruno _____	Nota: 4,7
Luciano Gómez, Juan José _____	Nota: 2,7
Martínez Elcano, Carmelo _____	Nota: 1,25

Alfredo Luciano Ramos

Catedrático de Pragmática literaria

La revisión tendrá lugar el próximo viernes a las 20:00 en el despacho del catedrático de la asignatura.

PASILLO LARGUÍSIMO. VARIOS JÓVENES TRANSITAN POR ÉL. SU CAMINAR ES PAUSADO PERO DECIDIDO. A AMBOS LADOS DEL PASILLO, SIMÉTRICAMENTE DISPUESTAS, INFINITAS PUERTAS CERRADAS. EL SONIDO DE LOS TACONES DE MARA CONTRASTA CON EL GRUÑIDO DE LAS ZAPATILLAS DE CARMELO. ALBA PARECE QUE ACARICIA EL SUELO CON SUS SANDALIAS Y LOS NÁUTICOS DE BRUNO GIMEN A CADA PASO DE PURO ÉXTASIS. TRAS ELLOS, LA SILLA DE RUEDAS DE JUANJO SILBA UNA EXTRAÑA MELODÍA APOCOPADA. DE CUANDO EN CUANDO, NOS ENCONTRAMOS ALGUNA PUERTA ENTREABIERTA. LA LUZ QUE AMANECE DEL DESPACHO SE RECORTA EN EL SUELO DEL PASILLO. EN LAS DÉCIMAS DE SEGUNDO QUE SE TARDA EN SOBREPASAR DICHAS PUERTAS APENAS PODEMOS INTUIR LO QUE OCURRE DETRÁS: ALGUIEN GOLPEA LAS TECLAS DE SU PROPIA VIDA, SUSURROS INDESCIFRABLES, SILLAS QUE CRUJEN, PASTILLAS QUE SE TRAGAN, SUEÑOS QUE SE AHOGAN. EN LAS DÉCIMAS DE SEGUNDO QUE SE TARDA EN SOBREPASAR UNA PUERTA ENTREABIERTA DOS MIRADAS -ALGUIEN DE FUERA, ALGUIEN DE DENTRO-, SE ENTRECROZAN.

EL PASILLO TERMINA EN UNA PUERTA. ESTÁ CERRADA. LOS JÓVENES SE MIRAN, FINALMENTE ALGUIEN SE DECIDE A TOCAR.

En el pasillo, delante de la puerta del despacho de Alfredo.

Unos minutos antes de las ocho de la tarde.

Alba.- No contesta.

Carmelo.- ¿Está cerrada?

Alba.- Dura. Sí, no, no lo sé.

Carmelo.- *Con algo parecido a una sonrisa.* Yo probaría a girar el pomo.

Alba.- Borde. ¿Y por qué no lo pruebas tú? *Inaudible.* Gilipollas.

Mara.- Lo mejor será esperar un poco.

Alba mira a Mara.

Alba.- Suave. Supongo.

Mara.- *Le sonrío. Casi inaudible.* Y no matar a nadie.

Pausa breve.

Alba.- ¿Qué nota...?

Mara.- Un 4,2.

Alba.- Joder. A mí un 3,9.

Juanjo.- ¿Volvemos a llamar o... ?

Bruno.- *Mira su reloj.* Aún no son las ocho.

Alba.- *A Mara, tal vez a Carmelo, a modo de disculpa.* Si me suspende me quitan la beca, así que si quiero seguir estudiando voy a tener que buscarme un curro. Y como está tan fácil.

Pausa breve.

Alba.- Lo que más me jode es que me gusta.

Juanjo.- ¿Pragmática Literaria?

Alba.- Me parecía interesante, no sé, estudiar aquello que no se dice con palabras pero que está en lo que decimos...

Carmelo.- ¿De eso va esta asignatura?

Alba.- Bueno, más o menos, sí.

Carmelo.- Joder.

Alba sorprende a Bruno mirándola, apenas un segundo.

Pausa.

Alba.- ¿Os ha pasado alguna vez empezar a leer una novela y no poder dejarla hasta el final?

Juanjo.- Creo que no.

Carmelo.- A mí una vez. Con una novela de Stephen King.

Alba pasa de Carmelo.

Alba.- Tenía catorce años y para no ir al instituto le dije a mi madre que estaba enferma. Me pasé tres días y tres noches enteras devorando aquel libro de Alfredo. Cuando terminé de leer su novela supe que quería ser escritora. Y ahora estoy aquí pensando en coger mi examen y metérselo por el culo.

Mara.- Ya verás cómo te aprueba.

Alba.- Joder, eso espero porque si no estoy jodida.

Carmelo.- Ha vendido los derechos de su última novela a una productora y le han dado una pasta.

Alba.- El cabrón escribe de puta madre.

Juanjo.- Yo no me he leído ninguna novela de Alfredo.

Bruno.- ¿Ninguna? Pues serás el único. *Pausa breve.* Bueno, dentro de poco podrás ver la peli.

Juanjo.- Tampoco creo que la vea.

Son las ocho. En ese instante se abre la puerta. Vemos a Alfredo, catedrático de la asignatura y un hombre de contrastes. Pelo cano y alborotado que le confiere un extraño aspecto juvenil, elegantemente desarrapado, ojos expresivos y porte calmo, cejas de asesino en serie que acompaña de una sonrisa de cordero degollado. Seguro, atractivo, imprevisible. Habla desde el umbral de la puerta.

Alfredo.- Buenas tardes. Vamos a empezar la revisión del examen de Pragmática Literaria. ¿Alguien quiere ser el primero? *Silencio.* ¿Nadie? Muy bien, decidan ustedes. Les mostraré su examen, podrán comprobar que el sumatorio de las notas parciales de cada una de las cinco cuestiones coincide con el resultado de su nota final y, a continuación, contestaré a todas sus preguntas. *Pausa breve, con una sonrisa encantadora.* Lo sé, parece que me hayan metido un palo por el culo y que dentro de un momento se lo vaya a meter a ustedes, pero tenía que leerles, ya saben, sus derechos. En fin, les espero ahí dentro.

Alfredo se gira, entra de nuevo en su despacho y cierra la puerta tras él.

Juanjo.- ¿Un palo por el culo?

Bruno.- Capullo, ¿pensará que es gracioso?

Carmelo.- *Al cuello de su camisa.* Pues a mí me ha hecho gracia.

Alba.- Si no os importa, me gustaría ser la primera, estoy que me subo por las paredes y tengo un nudo aquí que... *Nadie la contradice, llama a la puerta.*

La iluminación cambia. Ahora podemos ver al mismo tiempo lo que pasa en el interior del despacho de Alfredo y en el pasillo donde esperan el resto de los alumnos.

Vemos cómo Alfredo abre un cajón, saca una botella de Jack Daniel's y vierte un generoso chorro dentro de la jarra de vidrio de la cafetera eléctrica. La cafetera está dispuesta sobre una

pila de exámenes antiguos.

Alfredo.- *Devolviendo a Jack a su cueva. Adelante.*

Alba gira el pomo y entra.

El despacho de Alfredo está lleno de papeles, encima de la mesa, apilados por el suelo, en cajas, por todas partes. Las paredes del despacho están ocupadas por estanterías repletas de libros a excepción de una pizarra a rebosar de palabras huérfanas. Todo el espacio es un gran cajón desastre repleto de revistas, apuntes y periódicos. Eso sí, todo está dispuesto en un curioso desorden organizado.

Alfredo se sirve un café solo, sin azúcar y muy largo.

Alfredo.- Siéntate. Te ofrecería una taza de café, pero solo dispongo de la mía. Tengo que acordarme de comprar otra. ¿Decías?

Alba.- No he dicho nada. *Alba siente una bofetada de calor, le sudan las manos, los párpados, la responsabilidad. Se arremanga la camisa.*

Alfredo.- Este café es realmente decepcionante, debería de cambiar de marca. ¿Tienes calor? He tapado las rejillas del aire acondicionado. Esto parecía una nevera. ¿Algo más que quieras decirme antes de empezar con la revisión?

Alba.- Pues... no, por ahora, no.

Alfredo.- Los exámenes están ahí encima. *Señala un montón de papeles.* Busca el tuyo y empecemos.

Apura su taza de café y se sirve otra. Alba le observa de pie frente a él sin mover una pestaña. Alfredo rebusca entre el caos de papeles de su mesa algo que no encuentra.

Se bebe su café en tres tragos y murmura algo inaudible. Deja la taza sobre una pila de libros y encuentra, por casualidad, uno que buscaba hace días pero ya no recuerda muy bien para qué. Lo abre y lo hojea, curioso. ¿Para qué querría él leer algo de aquel autor que tanto detestaba? Al cabo de un rato, descubre a Alba, observándole.

¿No vas a ver tu examen?

Alba.- No necesito ver mi examen.

Alfredo.- ¿Ah, no? Entonces, ¿a qué has venido?

Alba.- Mi examen me salió perfecto, de diez.

Alfredo.- Nunca dejará de sorprenderme la capacidad de autocrítica de mis alumnos.

Bruno acerca su oreja a la puerta intentando oír lo que pasa dentro, pero no oye nada.

Mara camina por el pasillo.

Se cruza con Juanjo que baja la vista y con Carmelo que le sonrío.

Mara saca su móvil del bolso y escribe un mensaje. El mensaje no se envía. No hay suficiente cobertura. Joder. Guarda el móvil en su bolso.

Mara camina por el pasillo.

Se cruza con Bruno que tiene la mirada fija en el suelo y con Carmelo, que le sonrío.

Bruno.- Creo que no voy a ver mi examen. Esto es una pérdida de tiempo. Me largo de aquí.

Juanjo.- Sin expectativa no hay decepción.

Bruno.- ¿Qué?

Juanjo.- Cuando quieres algo y dejas de desearlo, solo entonces, tal vez podrás conseguirlo. Y si eso no funciona pues da igual, en el fondo es que no lo deseabas lo suficiente.

Carmelo.- Si no fuera una frase tan larga, me la tatuaba en alguna parte.

Bruno hace el amago de irse, pero se lo piensa mejor y decide quedarse.

Bruno intenta de nuevo escuchar a través de la puerta.

Alba.- ¿Por qué me ha suspendido?

Alfredo se sirve otra taza de café y mira a Alba a los ojos.

Alfredo.- Alba, por favor.

Alba.- Si me suspende pierdo la beca, tendré que buscarme un curro y...

Alfredo.- Mira a tu alrededor, ¿qué ves?

Alba.- ¿Qué...? No lo sé, papeles, libros...

Alfredo.- Un montón de palabras. Y un escritor tiene que saber escoger entre todo ese puñado de palabras. A veces tan solo una, con una basta, pero tiene que ser la adecuada. ¿Tú quieres ser escritora, verdad?

Alba asiente, está un poco perdida.

Primera pregunta: implicación y presuposición.

¿Quieres aprobar este examen? Pues escoge bien tus palabras, Alba. Tu examen es como este café, decepcionante. Implicación: si quieres escribir algo que merezca la pena ser leído tienes que encontrar dentro de ti esas palabras, arrancártelas del fondo de tu alma, aunque duela, -que dolerá-, porque siempre duele, implicarte. Presuposición: si ahora te apruebo jamás escribirás nada interesante, nada que merezca la pena ser leído.

Carmelo da golpecitos en el suelo con la punta de su zapato hasta que le duele el pie, para y empieza con el otro.

Bruno se gira y mira a Mara, Mara se gira y mira a Juanjo, Juanjo sonrío a Mara y Carmelo sigue dando golpecitos en el suelo con la punta de sus zapatos.

Mara.- Perdona, ¿puedes parar?

Carmelo no se ha dado cuenta de que le miran todos.

Bruno.- Que pares, tío.

Carmelo para. Se queda mirando a Mara.

- Mara.-** ¿Quieres dejar de mirarme las tetas?
- Carmelo.-** Perdona. *A Juanjo.* Si dejaba de desearlas es cuando podría tenerlas, ¿no?
- Juanjo.-** *Sonríe.* A lo mejor.
- Mara.-** Joder, todos los tíos sois iguales.
- Juanjo.-** Oye, no te mosquees, que no todos...
- Mara.-** *Sin pensar.* Tienes razón, no todos sois iguales, los que van en silla de ruedas prefieren mirarme el culo.
- Juanjo.-** Lamento que pienses eso.
- Mara.-** Perdona, no sé por qué he dicho esa chorrada.
- Juanjo.-** Tranquila, todos estamos un poco nerviosos.

Mara se hace pequeñita, hasta casi desaparecer.

Carmelo empieza de nuevo a dar golpecitos en el suelo con el pie.

Alba.- *Mirando la pila de exámenes.* Pero esto es solo una asignatura más, un examen más.

Alfredo.- ¿De verdad crees eso?

Alba.- No..., a mí me gusta su asignatura... y me gusta usted, joder, no me malinterprete, quiero decir que... me gusta lo que escribe y... bueno, ¿va a aprobarme o no?

Alfredo busca el examen de Alba. Lo encuentra. Leyendo.

Alfredo.- Implicación y presuposición:

Si decimos que “el gato está sobre el felpudo” esto implica que “el felpudo está debajo del gato”. Lo que no podremos decir jamás es que “el gato está sobre el felpudo y, al mismo tiempo, el felpudo no está debajo del gato”.

La frase “los hijos de Juan son calvos” presupone que Juan tiene hijos. Tanto “los hijos de Juan son calvos” como “los hijos de Juan no son calvos” presuponen por igual que Juan tiene hijos. Pero no es el caso de que tanto “el gato está sobre el felpudo” como “el gato no está sobre el felpudo” presuponga necesariamente que tenga que haber un felpudo, o un gato.

Alfredo, divertido, mira a Alba como diciendo “¿Qué es esta mierda?”. Apura su taza de café.

Alba se hace pequeñita, hasta casi desaparecer.

Juanjo mira a Bruno mientras éste intenta oír lo que ocurre tras la puerta del despacho.

Juanjo mira a Mara.

Cuando sus miradas se cruzan, Juanjo le sonríe.

Bruno se sienta en el suelo y mira de reojo el culo de Mara.

Mara empieza a dar golpecitos en el suelo con el pie, como Carmelo, pero a contratiempo.

Carmelo se da cuenta del concierto y para.

Mara continúa.

Juanjo mira cómo Bruno le mira el culo a Mara.

Bruno se da cuenta de que Juanjo le está mirando y deja de mirarle el culo a Mara.

Juanjo.- A lo mejor lo consigue.

Bruno.- Qué.

Juanjo.- Que la apruebe.

Carmelo.- A lo mejor se la está chupando y consigue un sobresaliente.

Mara, Juanjo y Bruno piensan al mismo tiempo "Este tío es gilipollas".

Alba.- Joder, perdone, pero eso dice Austin en su libro...

Alfredo.- Ya sé lo que dice Austin en su libro. A mí lo que me interesa es lo que puedas decirme tú. Implicación y presuposición. Lo que presupone Austin sobre la implicación de gatos y felpudos con los hijos calvos de Juan es una soberana estupidez que me importa tres pimientos.

Alba.- ¿Y para qué nos hace estudiar a Austin? No entiendo nada, en serio...

Alfredo.- *Alfredo se sirve otra taza de café. Sin mirar a Alba.* Olvida a Austin, hay mejores cosas que hacer con las palabras. Hay que estudiar a Austin para después olvidarlo, ¿no prestaste atención a mi clase? Insisto, hay cosas mejores que hacer con las palabras. *Pausa breve.* Tengo una historia, Alba, una historia que no tiene principio.

Alba.- Todas las historias tienen un principio.

Alfredo.- Ésta no. Pensé que tú podrías ayudarme a encontrarlo, a escoger las palabras adecuadas.

Alba.- ¿Yo?

Alfredo.- Sí, tú. Solo necesito un principio.

Alba.- ¿Por qué yo?

Alfredo.- *Sin pensar.* Te sientas en la primera fila. Todos los días entras en clase y te sientas justo enfrente de mí. Cuando levanto la vista eres la primera persona a la que veo. Quién mejor que tú para escribir el principio de mi historia.

Alba.- ¿Si le cuento lo que sea me aprobará?

Alfredo.- Tal vez.

Alba.- ¿Qué quiere que le cuente?

Alfredo.- Ya te lo he dicho, un buen principio.

Alba.- Joder, cualquier cosa puede ser un buen principio.

Alfredo.- Si para ti es tan fácil, adelante, soy todo oídos.

Alba.- No me ha dicho de qué va su novela.

Alfredo.- No, no te lo he dicho.

Mara siente un escalofrío. El aire acondicionado en el pasillo debe estar a menos cien grados.

Carmelo se muerde las pocas uñas que le quedan.

Juanjo siente un escalofrío. El aire acondicionado debe estar a menos cien grados.

Como una fiera enjaulada, Bruno empieza a caminar por el pasillo.

Bruno siente un escalofrío. El aire acondicionado debe estar a menos cien grados.

Carmelo, que va en manga corta, parece no sentir el gélido frío que hace en el pasillo.

Alba.- *Piensa algo.* Ella tiene 23 años, habla por los codos, estudia Filología hispánica y sueña con ser escritora. No es guapa, no tiene un buen cuerpo y tampoco viste bien. Y qué. A ella eso le trae sin cuidado. La relación más larga que ha tenido es un polvo de tres días. Su profesor de... de Crítica Literaria la ha suspendido sin motivo...

Alfredo.- Tiene que haber un motivo, Alba, nadie hace nada porque sí, nadie.

Alba.- ¿Que por qué la suspende? *No puede pensar con tanto calor.* Joder, ¡y yo qué sé! *A sí misma.* Eso quisiera saber yo, por qué me suspende...

Alfredo.- Vamos, Alba, ¿por qué la ha suspendido?

Alba.- Porque no ha estudiado lo suficiente.

Alfredo.- No, su examen le salió perfecto, de diez. *Se miran, Alba piensa que se está quedando con ella.* ¿Por qué la suspende?

Alba.- Porque es un cabrón. *Rectifica.* Perdón.

Alfredo.- Piensa, Alba, piensa. Si este profesor fuera un cabrón suspendería a toda la clase y esa chica sería una más y no el principio de una novela.

Alba.- *Con la boca pequeña.* ¿Está loco?

Alfredo.- El protagonista de nuestra historia no puede ser alguien que ha perdido la cabeza. La locura, por concepto, impediría que cualquiera de sus actos tuviera un sentido, un recorrido. Si está loco carecerá de objetivos y será incapaz de darse cuenta de su error. Porque nuestro profesor se equivoca, solo que él aún no lo sabe. *Concluye.* Además, el lector no empatiza con un protagonista que está loco.

Alba.- ¿Y qué pasa con el Quijote?

Alfredo.- Cierto, el Quijote está loco, pero su locura le hace creerse otra persona, alguien que no lo está, un caballero andante, y como tal se comporta, no como un loco que suspende arbitrariamente. Nuestro profesor no cree ser otro o si lo cree deberá tener una personalidad perfectamente definida. Ha de tener un problema, -o mejor-, varios, querer algo, hasta la obsesión, estará equivocado, ya te lo he dicho, y tendrá que descubrirlo al final, ya sabes, la catarsis... Y el lector estará con él, sufrirá con él, aprenderá con él.

Respira. Insisto, ¿por qué la suspende?

Alba.- *Casi sin pensar.* ¿Porque la necesita?

Alfredo.- Porque la necesita, exacto. Solo tenemos que descubrir por qué la necesita y tendremos nuestro principio.

Alba.- Y mientras tanto yo pierdo mi beca.

Alfredo.- ¿Quieres ser licenciada en filología o escritora? Si lo que quieres es un título para que tu mamá lo enmarque y lo cuelgue en la pared del salón, adelante, sigue escribiendo sobre gatos que se esconden debajo de un felpudo. O mejor, conviértete en uno. Si quieres ser escritora, ayúdame a escoger las palabras adecuadas.

Alba coge su examen y lo mira fijamente.

Alba.- Está bien, joder, a la mierda mi beca... *Se quita la camisa, está sudando, debajo lleva una camiseta ceñida.* Vamos a ver quién coño es ese profesor. Está casado, separado.

Alfredo.- Con un hijo.

Alba.- El niño tenía seis años cuando su padre se largó.

Alfredo.- ¿Por qué siempre tiene que ser el padre el que se largue?

Alba.- ¿Qué madre abandonaría a su hijo de seis años? *Mirada inquisitiva de Alfredo.* Vale, vale, se fue ella.

Alfredo.- Por aquel entonces nuestro profesor era un becario que se pasaba todo el día dando clases en la universidad. Escribía por las noches.

Alba.- Funcionaba como en “piloto automático”, oía sin escuchar, miraba sin ver, como si viviera en otro mundo. Su mujer se sentía invisible.

Alfredo.- Ella empezó a beber.

Alba.- Bebía mucho y antes de hacerle daño a su hijo pequeño decidió marcharse de casa.

Alfredo.- *Mira a Alba.* Sin dejar una nota de despedida.

Alba.- Hay algo en esa alumna que le recuerda a su mujer y por eso la suspende porque la necesita, necesita tenerla en su clase, verla sentada justo enfrente de él, en primera fila. Ha perdido la cabeza.

Alfredo.- Y volvemos a la locura. *Respira.* Tal vez me equivoqué al suspenderte.

Alba.- No, espere, déjeme pensar un momento.

Alfredo.- Necesito un principio, vamos, Alba.

Alba.- *A sí misma.* ¿Por qué me ha suspendido? ¿Por qué me necesita? ¿Qué me hace diferente de todos los demás?

Alfredo.- Tienes que buscar dentro de ti, ir al principio.

Alba.- ¿Qué principio?

Alfredo.- ¿Por qué la necesita?

Alba.- No lo sé...

Alfredo.- ¿No lo sabes?

Alba.- No, no se me ocurre nada...

Alfredo.- ¡Tienes que implicarte, Alba, tiene que doler!

Alba.- ¡Ya lo sé, pero no se me ocurre nada! *Pausa. Mira su examen.* Pregunta número uno: Implicación y presuposición. En el instituto me enamoré de mi profesora de literatura. Yo tenía catorce años. Ella era una mujer preciosa. Después de clase iba a verla a su despacho con cualquier excusa. Empecé a escribir relatos para ella. Un día fui a su casa, no me acuerdo muy bien para qué, supongo que para devolverle algún libro, no lo sé. Ella iba descalza. Le retiré un mechón de cabello de los ojos y entonces me besó, o la besé, bueno, nos besamos. Fue un beso profundo, de ojos entornados. Me llevó a la cama pegada a sus labios, yo estaba tan mojada que pensé que me lo había hecho encima y apretaba los muslos intentando que no se me notase el pringue. Me desnudó, lentamente, zapatillas, pantalón, camiseta, Dios mío, ¿por qué me pondría aquellas horribles bragas? Ella estaba encima de mí, su boca comiéndome entera, su piel rozando mi piel, su respiración entrecortada, su lengua bailando por todo mi cuerpo. Yo ahogaba mis gemidos entre sus pechos, en sus axilas, en su vientre. Me sentía abrumada de placer, jamás había experimentado algo así. Mis manos encontraron su sexo y me sumergí en él. Ella me miró como nadie me había mirado hasta entonces, muy adentro. Me miraba a mí, mientras nos dejábamos ir. *Pausa breve, una pequeña lágrima resbala por su mejilla.* Después de tres polvos maravillosos ella dejó el instituto y me dejó a mí, sin más, sin una nota de despedida. Implicación: cada noche durante aquel año fui a su casa y me quedaba mirando desde el otro lado de la calle, a través de su ventana. Presuposición: el amor es una verdad que termina siempre en una mentira.

Desde entonces, ninguna relación me ha durado más de tres polvos.

Oscuro en el despacho de Alfredo.

Mara suspira.

Juanjo siente un pinchazo en su pierna amputada. El término médico es dolor fantasma.

Bruno empieza a tener hambre.

Carmelo.- ¿Qué harías para conseguir un aprobado?

Mara.- ¿Yo? No lo sé. Nada.

Carmelo.- ¿Te lo montarías con él?

Mara.- Qué dices. Mira tío, vete a la mierda.

Carmelo.- ¿Y tú, qué harías tú para que te subieran la nota?

Juanjo.- *Sin pensar.* Cortarme la otra pierna.

Carmelo se sobresalta, mira a Bruno. Éste le sonrío.

Carmelo.- Joder. ¿Por un cinco? Si al menos fuera por un sobresaliente...

Juanjo.- Lo tendré en cuenta.

Se abre la puerta y aparece Alba.

Alba.- El siguiente.

Lentamente avanza por el pasillo. Al llegar a la altura de Bruno le abraza. Bruno, sorprendido, rodea a Alba con sus brazos.

Bruno.- ¿Qué...?

Pausa de cinco segundos, por favor. Mara respira hondo y finalmente se dispone a entrar.

Carmelo.- Suerte.

Mara se gira hacia Bruno esperando encontrarse con su mirada, pero no la encuentra, en cambio se encuentra la de Alba. Mara toca a la puerta. Desde dentro oímos un “adelante”. Mara abre, entra en el despacho y cierra la puerta tras ella.

Carmelo.- A Juanjo, refiriéndose a Alba. ¿Tú crees que la habrá aprobado?

Juanjo.- No muy convencido. No lo sé, tal vez.

Alba se separa de Bruno.

Bruno.- ¿Qué ha pasado... ?

Alba.- Bruno, yo no...

Bruno.- ...en el despacho de Alfredo.

Alba.- Quería un principio.

Bruno.- ¿Un principio? ¿Un principio de qué?

Alba.- Dice que está escribiendo una novela y que no tiene el principio.

Juanjo.- ¿Eso forma parte de la revisión?

Alba.- No estoy segura.

Carmelo.- ¿Te ha aprobado?

Alba.- No lo sé. Me ha dicho que espere en el pasillo. *Pausa breve.* Bruno...

Bruno.- Qué.

Alba.- Perdona por lo de...

Bruno.- Olvídalo.

Juanjo.- *A Carmelo.* ¿Pero eso de la novela entraba en el examen?

Carmelo.- ¿Es la primera vez que te presentas?

Juanjo.- Sí. ¿Y tú?

Carmelo.- Estoy en quinta convocatoria. Si me suspende se acabó, me tiran de la carrera. La verdad es que no te había visto nunca por clase, me acordaría.

Juanjo.- Es que no he ido nunca a clase.

Carmelo.- ¿Nunca?

Juanjo.- Me acordaría. *Respira.* No voy a clase, solo me presento a los exámenes.

Pausa.

Carmelo.- ¿Qué te pasó en la pierna?

Juanjo.- *Mira a su no-pierna.* Me la tuvieron que quitar.

Carmelo.- A mi madre le quitaron un pecho. Claro que no es lo mismo un pecho que una pierna.

Juanjo.- *Intentando cambiar de tema.* Alfredo te ha suspendido cinco veces, qué putada, ¿no?

Carmelo.- Sí.

Juanjo.- Joder. ¿Y has pensado ya qué vas a decirle?

Carmelo.- *Se encoge de hombros.* No, lo mejor es no pensar en nada en concreto. Sin expectativa no hay decepción. Además, cuando intentas escoger las palabras adecuadas lo más seguro es que esas palabras no sirvan para nada.

Alba mira a Carmelo.

Oscuro.

Luz en el interior del despacho. Mara está de pie, delante de Alfredo. Tiene mucho calor. Mira las rejillas del aire acondicionado tapadas con cinta de embalar y, como un pez fuera del agua, toma una absurda bocanada de aire. Alfredo escribe atropelladamente en su ordenador.

Alfredo.- (...) Si eso es lo que quieres saldrás por esa puerta y no volveremos a vernos. No me malinterpretes. Yo no quiero que te marches. El examen. Pienso que suspendes este examen consciente o inconscientemente para luego venir a esta revisión, una revisión de nuestra relación. Es absurdo, lo sé, pero no me explico cómo puedes suspender un examen tan sencillo. No quería decir eso, bueno, sí, quería decirlo. *Para de escribir.* Me estoy adelantando, precipitando partes de la historia, por otro lado esto no es la típica historia de amor entre un profesor y su alumna. O tal vez sí. *Borra todo el párrafo. Descubre a Mara.* Mara, estás preciosa.

Mara.- Alfredo...

Alfredo.- *Vuelve a escribir.* Hace más de quince años que me dejó mi mujer. Un día llegué a casa y ya no estaba. Se había hecho una maleta apresurada y se había ido. Sin una nota de despedida. *Borra la última frase.* Me dejó una nota en la cocina. “El amor es una verdad que termina siempre en una mentira”. La busqué durante un tiempo y cuando la encontré no sabía qué decirle. *Para de escribir, a Mara.* Escribí hace años un ensayo sobre el tema, sobre cómo encontrar las palabras adecuadas para cada ocasión, debe de estar por aquí. Mi hijo está enfermo. Eso complica las cosas. Estás en cuarta convocatoria, aún te quedaría un año. *Vuelve a escribir.* Tengo un principio pero aún no me termina de convencer. Escribiré una novela más, la última, y lo dejo. He encontrado algunas palabras que me faltaban, bueno, no todas, pero contigo lo conseguiré, ¿qué me dices? Estás en cuarta convocatoria, solo te estoy pidiendo un año. ¿Qué me dices?

Para de escribir, la mira.

Mara...

Mara.- Mi examen.

Alfredo.- Está en ese montón. *Vuelve a escribir.*

Mara lo busca y lo encuentra.

Mara.- *Mientras hojea su examen.* Pensé que esta vez me aprobarías, pero me equivoqué. Te veo cansado. ¿Cuánto hace que no duermes? Alfredo, ¿puedes dejar eso un

momento? ¡Para, por favor! *Alfredo para y la mira*. Pregunta número dos: decir y hacer.

Alfredo.- *Como un eco*. Decir y hacer.

Mara.- Voy a dejar la carrera.

Alfredo.- Dices: “voy a dejar la carrera”, pero lo que quieres hacer es dejarme a mí.

Mara.- Alfredo, esta historia, tú y yo, necesitamos un final. ¿Por qué no escribes uno para nosotros?

Alfredo.- Acabo de encontrar un principio, creo. ¿Te lo había dicho?

Mara.- Sí.

Alfredo.- Decir y hacer, Mara. Decimos cosas que no hacemos y hacemos cosas que no podemos decir.

Mara.- Eso ya empieza a sonarme a final.

Alfredo.- Esta historia no puede terminar, aún no, así no. Estamos casi al principio.

Mara.- ¿Al principio? Mira, Alfredo, las historias duran lo que tienen que durar. Sabes que no conviene alargarlas, no tiene sentido, no es bueno, para nadie.

Alfredo.- Eso es cojonudo Mara, siempre encuentras las palabras adecuadas. *Lo escribe*.

Mara.- ¿¡Podemos mantener una conversación civilizada sin que tengas que escribir todo lo que te estoy diciendo!?

Alfredo.- Perdona Mara, te quiero, lo sabes, ¿no?

Mara.- Tú no me quieres, Alfredo, no puedes. Yo sí te quiero, bueno, te he querido, creo, es un decir, porque no me has dejado hacerlo, quererte. Me suspendes desde hace cuatro años y durante todo ese tiempo observas cómo me siento en la última fila. No hablamos. Nunca. No quieres o no puedes, no lo sé. Me da igual, bueno, no me da igual. Te espero al terminar la clase y tú te marchas sin ni siquiera echar la vista atrás y yo me quedo sola, sentada en la última fila de una clase definitivamente vacía. Tengo que pedirte una tutoría para poder estar contigo apenas unos minutos y me presento al examen otra vez y pienso, esta vez sí, Alfredo me aprobará y todo se habrá acabado, pero vuelves a suspenderme y yo me alegro, qué imbécil, me alegro porque es otro de esos momentos en

los que podemos estar juntos, en esta revisión.

Alfredo.- Mara...

Mara.- Déjame ir, Alfredo. Solo tienes que revisar mi examen, no a mí. Apruébame y déjame ir.

Alfredo.- *Sin mirar a Mara.* Sé que a veces resulta difícil hablar conmigo, lo sé, son todas estas palabras que intentan ordenarse en mi cabeza, a modo de historias, y entonces parece que mi vida funciona como en piloto automático, ¿sabes lo que te digo? Hago y digo cosas sin pensar, mi mente está en, no sé dónde está la verdad, pero tú estás ahí, siempre estás ahí, a mi lado. Bueno, en la última fila de una clase decepcionante repleta de alumnos que jamás escribirán nada que merezca la pena ser leído.

Mara.- ¿Qué me estás diciendo, Alfredo? ¿Que vives en piloto automático? ¿Qué coño significa eso?

Alfredo.- Sí, ¿no te gusta? Puedo cambiarlo.

Mara.- No, déjalo, no lo cambies. Así todo será más fácil. Adiós. *Deja su examen encima de la mesa y se da media vuelta.*

Alfredo.- ¿No quieres que revisemos tu examen?

Mara.- *Duda.* No, creo que ya no.

Alfredo.- Tienes razón. Sabes que no podría aprobarte. Aunque lo merezcas, de hecho estoy seguro de que te lo mereces, pero no puedo. Te necesito, yo, no me preguntes por qué, hice una lista, debe de estar por aquí, razones para estar contigo, también para no estarlo aunque aún no me convence ninguna, dame tiempo, tengo que darle una vuelta, encontraré las palabras adecuadas, yo, solo tengo que pensarlo, es parte de mi historia, eres parte de mi historia, déjame explicarme...

Mara.- *A los ojos.* Yo no soy tu mujer, no tenemos una vida en común, ni un hijo en común, por eso no me debes ninguna explicación. Si me apuras, ni siquiera me debes un aprobado. Aquí está mi examen, tú lo sabes y yo lo sé. Si quieres me apruebas y si no perfecto, tú mismo. Yo me voy. *Se gira, le sudan hasta las rodillas, pone su mano en el pomo de la puerta.* Hay exámenes que nunca aprobaré y éste es uno de ellos.

Alfredo.- Solo sé que al entrar en clase necesito que tú estés allí, en la última fila.

Mara.- No puedo, tengo que irme.

Alfredo.- Tuvo una aventura con una de sus alumnas del instituto. Mi mujer. Con una chica de catorce años. Después de tres polvos ella no pudo más y se largó.

Pausa.

Aún no sé muy bien por qué se marchó, podía haber seguido con la alumna o fugarse con ella, tengo que darle una vuelta, solo es el principio...

Mara.- Estás enfermo.

Alfredo.- *Pausa, lento.* Mara, escúchame, hago lo que puedo, tengo que escribir y cada vez me queda menos tiempo...

Mara.- No me toques.

Alfredo.- Está bien, márchate si quieres. Decir y hacer, Mara, decir y hacer. Háblame, Mara. Pégame, ámame, mátame, pero no te vayas. Si sales por esa puerta no quedará nada. *Pausa breve.* Y esa historia no me sirve.

Mara.- Estoy tan cansada, Alfredo. Tan cansada. Lo único que sé es que no quiero volver a verte. *A lo ojos, muy adentro.* ¿Sabes?, me gustaría no haberte conocido nunca, no haber tenido un principio contigo, para no tener que inventarme este lamentable final.

Alfredo.- *Rápido.* Está muerta, mi mujer está muerta. Se quitó la vida. No se fue de casa, no se hizo ninguna maleta apresurada, no me dejó ninguna nota. Se tomó un frasco entero de diazepam con media botella de vodka, metió la cabeza en una bolsa de basura con autocierre y apretó la cinta hasta que dejó de respirar. No me dejó nada, ni una palabra. Ella decidió hacer y no decir. Mara no te vayas. *Se acerca a sus labios.* Solo te pido un año más. Terminó esta novela y se acabó. Te lo juro. *La abraza, Mara se resiste, intenta apartarse de Alfredo sin conseguirlo y le da una bofetada. Alfredo, con las dos manos, coge a Mara de la cabeza y la aprieta con fuerza. Se separa. Mira el examen de Mara que está encima de la mesa.*

Tu examen. *Lo deja caer a los pies de Mara. Se sirve otra taza de café.*

Oscuro.

Luz en el pasillo.

Pausa larga, otra vez, de 5 segundos.

Bruno.- ¿Cómo lo llevas? Nunca antes te habían suspendido.

Alba.- Siempre hay una primera vez.

Bruno.- No siempre.

Alba.- Te he llamado un montón de veces.

Bruno.- Ya.

Alba.- Te echo de menos.

Bruno.- *Mirando al suelo.* Ya.

Alba.- Yo también quiero uno, un principio, ¿sabes?

Bruno.- ¿Qué?

Alba.- Contigo.

Bruno.- No puedes..., no se puede empezar algo que ya está empezado y menos si se ha terminado.

Alba.- Un escritor puede hacer lo que quiera. Podemos volver a escribir el principio de mil maneras distintas.

Bruno.- No lo sé, Alba. Creo que no.

Pausa.

Juanjo.- *A Carmelo.* ¿Conoces a Alfredo? Eres el que más tiempo lo ha tenido que aguantar, ¿cómo es...?

Carmelo.- *Se encoge de hombros.* No sé. *Se lo piensa.* Complicado. *Reflexiona con lentitud.* A veces... parece que no te escuche, es... como si no estuvieras allí. Yo creo que... creo que tiene tantas palabras en la cabeza que a veces... bueno, es... como si todas las historias se le atasasen. *Para en seco.* Bueno, no sé.

Bruno.- Un capullo, vamos.

Carmelo.- *Se encoge de hombros.* *Se coloca los cascos de su Mp4 y se aísla del mundo.*

Pausa.

Bruno.- No sé qué coño hacemos aquí, total, nos van a follar igual.

Alba.- Tú lo tienes a huevo, solo te faltan tres décimas.

Bruno.- Tres décimas. Tres décimas y estaría en la facultad de medicina. Tres putas décimas. *Se sienta en el suelo.* A veces pienso en la cantidad de gente que estudia lo que no quiere, trabaja en lo que no le gusta y vive una vida que no ha elegido. Una décima es suficiente para cambiarlo todo.

Pausa breve.

A mí hace tiempo que ya me da igual suspender o aprobar, lo que me jode es estar aquí y tener que seguirle el juego a gente como Alfredo.

Juanjo.- ¿Qué juego?

Bruno.- Esta revisión, este examen, todo es una puta mentira.

Alba.- *Casi en un susurro.* Nos suspende porque nos necesita. Nos necesita...

Bruno.- ¿Nos necesita?

Juanjo.- ¿Qué? ¿Para qué?

Alba.- Para escribir su novela.

Bruno.- No quiero perder otro año de mi vida en esta universidad. *Mirando a Carmelo, que se quitará los cascos a mitad de frase.* A éste le echan de la carrera, de regreso a la casilla de salida y vuelta a empezar. No podemos quedarnos con los brazos cruzados. Vamos a ver, ¿qué podemos hacer para que Alfredo nos cambie la nota?

Juanjo.- *Bromeando.* Amenazarle con una pistola. ¡Alfredo, o me aprueba o le mato!

Carmelo.- *Medio en serio.* Yo lo haría con un cuchillo. *Medio en broma.* Esto no es una película americana, ¿no?

Alba.- A lo mejor Bruno tiene razón, hay que pensar en algo, una historia, ¿pero qué? *Se queda mirando a la puerta.*

Carmelo.- ¿Estás diciendo que le hagamos chantaje?

Bruno.- Estoy diciendo que ya estoy harto de que me suspendan.

Se abre la puerta.

Vemos a Mara como intenta -y lo consigue-, aguantar el tipo y no derramar ninguna lágrima.

Mara.- El siguiente.

Empieza a andar por el pasillo, al llegar a la altura de Alba se desmaya y cae al suelo.

Alba.- ¡Mierda!

Durante unos segundos nadie reacciona. Alba se arrodilla junto a Mara y le coge suavemente la cabeza. Carmelo no sabe qué hacer. Juanjo mira a Bruno.

Mara despierta. Observa a Alba.

Mara.- Estoy bien.

Mara no está bien.

Alba.- Estás blanca como la pared. ¿Alguien tiene algo de beber?

Carmelo saca de su mochila una botella pequeña de agua mineral a la que apenas le queda un sorbo. Se la da.

Carmelo.- No tengo más.

Mara se la bebe de un trago.

Bruno.- ¿Paso y le pregunto si...? A lo mejor...

Mara.- ¡No! No quiero nada de Alfredo, nada.

Alba.- Tranquila.

Juanjo.- Por aquí tiene que haber un cuarto de baño. Podemos rellenar la botella de agua.

Alba.- Buena idea.

Juanjo.- A Carmelo. ¿Me acompañas?

Carmelo.- *Encoge los hombros. Vale.*

Alba.- Estoy segura de que nos ha oído y ni siquiera se ha dignado a salir a ver qué pasa. Hijo de puta.

Juanjo.- Alguien debería de entrar.

Bruno.- *Mirando a Alba. Será mejor que tú te quedes con ella.*

Juanjo.- *A Carmelo. Vamos.*

Carmelo coge la botella vacía y sigue a Juanjo que ya avanza por el pasillo. Bruno toca a la puerta y sin esperar respuesta entra.

Aún en el suelo, Alba le aparta a Mara un mechón de pelo de la cara.

Alba.- ¿Estás mejor?

Mara.- Un poco mareada.

Alba.- Menudo susto me has dado. *Pausa.* Me llamo Alba.

Mara.- Mara.

Alba.- Mara. *Respira.* Lo sé. Me fijé cuando pasaban lista, en clase. Te sientas en la última fila. *Pausa incómoda.* ¿Qué pasó ahí dentro?

Mara.- Nada.

Alba.- Estás temblando.

Mara.- Aquí en el pasillo hace frío. Y el despacho de Alfredo...

Alba.- Ya, parece un horno. Estás empapada de sudor. El muy cabrón ha tapado las rejillas del aire acondicionado.

Alba se quita su camisa y se la pone a Mara por encima. Debajo lleva una camiseta muy ceñida que le marca los pezones.

Mara.- No podía respirar. Ahí dentro sentía que me faltaba el oxígeno.

Alba.- ¿Qué te dijo, te ha aprobado?

Mara.- *Se tapa la cara con las dos manos. Alba la abraza, muy fuerte. No me*

sueltes por favor. No me sueltes. *Llora en silencio.*

Carmelo y Juanjo encuentran un cuarto de baño como siete puertas más allá. Es un cuarto de baño pequeño, tan solo hay un inodoro y un lavabo con espejo. Carmelo rellena la botella de agua. A su lado está Juanjo.

Carmelo.- ¿Tú crees que se la habrá tirado?

Juanjo.- Qué.

Carmelo.- Alfredo, en su despacho, a ella.

Juanjo.- ¡No!

Carmelo.- ¿Por qué no?

Juanjo.- Joder, porque no.

Carmelo.- Yo me la hubiera tirado, ¿y tú?

Juanjo.- No lo sé. No.

Carmelo.- ¿Por qué te jode que Alfredo se la haya tirado?

Juanjo.- No sabemos si se la ha tirado. Me jode por ella.

Carmelo.- ¿Por si se queda embarazada de Alfredo?

Juanjo.- ¡No! Me jode porque creo que no es de esa clase de tías que se lo hacen con un profesor para que las aprueben.

Carmelo.- Yo si fuera tía me follaría a Alfredo, para que me aprobara.

Juanjo.- ¡Por favor!

Carmelo.- Esto ya está. *Cierra el grifo del agua. Vamos.*

Juanjo.- Oye, ¿te importaría ayudarme? Tengo que mear. Si no fuera una urgencia no te lo pediría.

Carmelo.- Ya, claro, bueno y qué...

Juanjo.- Solo tienes que sentarme en el váter, el resto es cosa mía.

Carmelo.- Está bien.

Juanjo se desabrocha el pantalón y se lo baja hasta las rodillas. Carmelo se pone delante y le coge por debajo de las axilas.

Juanjo.- ¡Arriba!

Carmelo le levanta de la silla. Juanjo le abraza para no caer.

Ahora aparta la silla y déjame en el váter.

Carmelo, no sin dificultad, lo hace. Respira profundamente. Carmelo abre de nuevo el grifo y se lava la cara que la tiene roja del esfuerzo. Va a cerrar el grifo pero...

Juanjo.- No cierres el grifo, así me resulta más fácil.

Carmelo no se gira, dejando a Juanjo orinar tranquilo.

Carmelo.- ¿Cuándo te quitaron la pierna?

Juanjo.- ¿Siempre dices lo primero que se te pasa por la cabeza?

Carmelo.- Sí.

Juanjo.- Tenía doce años.

Carmelo.- Mira a Juanjo a través del espejo. Menuda putada.

Juanjo.- Ya te digo.

Carmelo.- ¿Es verdad que se siente dolor en la pierna aunque ya no esté?

Juanjo.- Algunas veces. El término médico es dolor fantasma.

Carmelo.- Joder con la mente, es capaz de hacer que te duela algo que ya no tienes.

Juanjo.- Siempre duele algo que uno no tiene.

Pausa breve.

Carmelo.- Mi madre quiere que deje la universidad y trabaje con ella, tiene un puesto de pescado en el mercado central de mi pueblo. No conozco a mi padre. Pero no me duele, como lo de tu pierna. ¿Te has fijado alguna vez en los ojos de los peces? Son extraños, vidriosos, y te miran como si nunca perdieran la visión, aún estando muertos. Oye, ¿qué

hiciste con la pierna? ¿La enterraste?

Juanjo.- Ya he terminado.

Carmelo se gira. Mira a Juanjo a los ojos, como cuando un niño mira algo por primera vez.

Carmelo.- ¿Tienes cáncer?

Juanjo.- Sí.

Carmelo.- ¿Te vas a morir?

Juanjo se lo piensa antes de contestar.

Juanjo.- Supongo que sí.

Carmelo.- Menuda putada. *Levanta la mirada.* ¿Quieres que te haga una paja?

Juanjo.- Qué.

Carmelo.- Si quieres, puedo hacerte una.

Oscuro.

Luz en el pasillo.

Mara y Alba se separan después de un largo abrazo.

Mara.- Ya me encuentro mejor. Gracias.

Alba se muere por besar a Mara, pero no lo hace.

Alba.- Yo te miraba en clase y, pensé que... tú también, no sé, me mirabas.

Mara.- Me siento en la última fila, desde allí puedo mirar a todos. Tú te sientas en la primera, delante de Alfredo. No te miraba a ti, le miraba a él.

Alba.- Ahora soy yo la que se siente algo mareada.

Mara.- ¿Qué?

Alba.- Si pudiera reescribir este momento todo sería distinto. Joder, es más fácil escribir una historia que tener que vivirla.

Mara.- Hablas como Alfredo.

Pausa incómoda.

Alba.- ¿Te acuestas con Alfredo?

Mara se sorprende a sí misma diciendo...

Mara.- Lo nuestro es... complicado.

Alba.- Me imagino.

Mara.- Al principio me sentía halagada. Halagada de que me suspendiera. Pensarás que soy una imbécil.

Alba.- No te machaques.

Mara.- No sé lo que voy a hacer ahora.

Alba.- *Medio en coña.* Estaría cojonudo que tuvieras unas fotos con él en plan sadomaso, ¿las tienes? ¿No? Vaya, hubiera estado bien, nos aprueba a todos, seguro.

Mara.- Está escribiendo una novela.

Alba.- Lo sé, quería que le contara una historia, un principio.

Mara.- Alfredo mataría por una buena historia. Es lo único que realmente le importa.

Por el pasillo aparece Juanjo, unos metros más atrás, Carmelo.

Juanjo.- ¿Te encuentras mejor? Te hemos traído un poco de agua.

Mara.- Eres un cielo. *A Carmelo.* Gracias. *Carmelo sonrío.* *Mara bebe de la botella.*

Juanjo.- Joder qué frío hace en este pasillo.

Mara.- Toma, que vas a pillar una pulmonía. *Al devolverle la camisa a Alba, sin darse cuenta, le mira los pezones.*

Alba.- ¿Seguro que estás bien?

Mara.- No. Pero lo estaré. Ahora solo necesito imaginarme un buen principio.

Oscuro.

Luz en el despacho de Alfredo.

Alfredo cierra de golpe el cajón donde guarda la botella de Jack Daniel's. Sobre la mesa tiene la jarra de café que vuelve a estar llena. Se sirve una taza.

Bruno.- Se ha caído al suelo.

Alfredo.- ¿Cómo?

Bruno.- Ha perdido el conocimiento al salir de su despacho.

Alfredo.- ¿Quién, Mara? ¿Está bien?

Bruno.- No, no está bien. ¿Por qué hace tanto calor aquí dentro?

Alfredo.- He tapado las rejillas del aire acondicionado... Será mejor que salga...

Bruno.- Déjela en paz profesor.

Alfredo.- Qué.

Bruno.- Ya me ha oído, déjela en paz. Y a Alba, déjelas en paz.

Alfredo.- *Muy serio.* Si quiere que le revise su examen tendrá que buscarlo en ese montón.

Bruno.- ¿Por qué la ha suspendido? ¿Qué es eso de que necesita un principio? ¿Qué hay entre usted y esa chica, Mara?

Alfredo.- Si vas a seguir por ahí, lo mejor será que te marches de mi despacho.

Bruno.- Me faltan tres décimas para salir de su despacho, profesor. Tres décimas para que me olvide de usted. Tres décimas para que todo esto tenga sentido. Tres décimas para que no cuente lo suyo con Mara.

Alfredo.- Te estás equivocando. No hay nada entre Mara y yo. Habrá sido un golpe de calor, eso es todo. *Apura su taza de café.*

Bruno.- No le creo, profesor. ¿Por qué ha suspendido a Alba? Es una buena estudiante, la mejor de la clase.

Alfredo.- *Piensa en voz alta.* Ella es el principio de mi historia.

Bruno.- ¿Qué? Usted no puede suspender a alguien para que sea el principio de

nada.

Alfredo.- *Mientras se sirve otra taza de café.* No, claro que no. Verás, cuando yo estudiaba aquí, en la universidad, mi profesor de Crítica Literaria me suspendió. Me presenté a la convocatoria de septiembre y volvió a suspenderme. Fui a verle a la revisión, los dos sabíamos que aquel examen estaba aprobado, pero se negó a cambiarme la nota. Era la última asignatura que me quedaba para terminar la carrera así que tendría que matricularme y esperar todo un curso para volver a presentarme al examen. Crítica Literaria. Un año perdido. Como no tenía nada mejor que hacer, -además de estudiar Crítica Literaria-, empecé a escribir mi primera novela. *Pausa breve.* Si no llega a suspenderme yo no estaría hoy aquí.

Bruno.- ¿Y por eso la suspende? ¿Para que pueda convertirse en alguien como usted?

Alfredo.- No estamos aquí para revisar el examen de tu compañera, sino el tuyo. Además, ella no necesita un caballero andante que la rescate, sabe valerse por sí misma.

Bruno.- ¿Y usted qué sabe lo que ella necesita?

Alfredo.- ¿Lo sabes tú?

Bruno.- La conozco desde el colegio.

Alfredo.- He visto como la miras en clase. ¿Te has fijado cómo la mira a ella? Sí, seguro que lo has hecho. Se sienta en la primera fila y Mara en la última y sin embargo no deja de mirarla. Gira la cabeza hacia atrás, como si se arreglara el pelo y sus ojos la buscan a ella, a Mara.

Bruno.- ¿Qué me está contando?

Alfredo.- Mi novela. Alba es el principio y Mara mi final. Todo lo demás es... un extraño malentendido. *Pausa breve.* Y ahora busque su examen y empecemos con la revisión. Compruebe que el sumatorio de las notas parciales...

Bruno.- No dudo, profesor, que usted haya sumado bien las notas parciales. Lo que quiero es que me apruebe, ¿me oye?

Alfredo.- Perfectamente. *Respira.* Pregunta número tres: Malos entendidos. Tu examen, por favor. *Pausa breve.* Tu examen.

Bruno.- *Casi inaudible. Joder. Busca y encuentra su examen, se lo entrega a Alfredo.*

Alfredo.- *Leyendo.* El malentendido no tiene como causa única factores lingüísticos, sino un conjunto de diversos factores que condicionan la “interpretación infeliz”. Diferencias socioculturales, de visión del mundo, de moral, imputan una interpretación muy distinta del hablante, por ejemplo, tanto por parte del profesor como del alumno. Los alumnos esperan del profesor algo que éste no les puede dar: el aprender.

¿De verdad piensas eso? ¿Que nadie puede enseñarte nada?

Bruno.- *Lo piensa, apenas una décima de segundo.* Sí, lo creo. No le necesito. Todo está en la biblioteca o en internet. ¿Para qué necesito a un profesor que lo único que sabe hacer es repetir en clase lo que puedo leer en un libro? Además, a usted no le gusta enseñar.

Alfredo.- Eso no es cierto, me encanta dar clase, es mi vida.

Bruno.- ¿De verdad? Yo creo que no, le encanta escucharse, esa sí que es su vida. Oír cómo su voz se eleva sobre estos muros mientras un montón de estudiantes se ahogan entre sus palabras, con sus cabezas pegadas al pupitre, tomando apuntes...

Alfredo.- Soy profesor desde hace más de 30 años...

Bruno.- ¡Ese es el problema! Lleva demasiado tiempo repitiendo la misma lección, diciendo las mismas palabras, de tanto repetirlas están vacías, ya no tienen sentido. Ni siquiera para usted.

Alfredo.- Creo que no has venido a revisar tu examen, así que...

Bruno.- ¿Por qué me suspende? ¿Porque no agacho la cabeza para tomar apuntes como los demás, porque me niego a claudicar?

Coge su examen y lee.

El profesor posee el conocimiento (o por lo menos se presupone que lo posee) y al alumno se le “presupone no saber”. De ahí deriva una posición de superioridad del profesor y de inferioridad del alumno; una posición de autoridad del profesor, muchas veces fácil de convertirse en autoritarismo (“quien enseña manda”) y la de respeto y admiración del alumno, muchas veces fácil de convertirse en sometimiento.

Es en un fantasma en lo que el profesor debe anualmente transformarse, de este modo, él

se acerca al lugar en el que le esperan, que es el mismo lugar que al Padre; y puesto que solo el hijo tiene fantasmas, solo el hijo está vivo, ya que es sabido que todos los hijos terminan matando a su Padre.

Esto último no es mío, lo dijo otro tío, un tal Kant, ¿le suena?

Alfredo.- No se puede enseñar a quien no quiere aprender. No tengo más tiempo para ti.

Bruno.- Tendrá que tenerlo, profesor. Yo tampoco quiero que haya malentendidos entre nosotros, ¿sabe? Necesito salir de aquí, no voy a perder otro año más de mi vida, así que tiene que aprobarme. Usted lo ha dicho, yo no quiero aprender y usted no puede enseñarme.

Alfredo.- No puedo aprobarte.

Bruno.- ¡Que me dé las tres putas décimas, joder!

Alfredo.- Sal de mi despacho. Con un poco de suerte el año que viene podrás volver a presentarte al examen.

Bruno.- No pienso volver a presentarme a este examen ni a ningún otro. Estoy hasta los cojones de los putos exámenes. ¿Quién se ha creído que es usted para decidir sobre mi vida? Es increíble. No contento con suspendernos, tenemos que venir a esta revisión para volver a ser suspendidos por segunda vez. Dígame, ¿y quién coño le revisa a usted, profesor?

Alfredo.- Se acabó, fuera de aquí, haré que te expulsen de la universidad.

En la mesa del despacho de Alfredo hay un portalápices. En su interior hay un puñado de bolígrafos y unas tijeras enormes. Cuando Bruno coge las tijeras todos los bolígrafos se caen al suelo. Bruno abre las tijeras y le pone a Alfredo una de las hojas en el cuello. Si es necesario, Bruno pasará por encima de la mesa para ello.

Bruno.- ¡Que te jodan! Vas a aprobarme o te corto el cuello hijo de puta. ¡Me has jodido la vida! ¡¿ME OYES?! Me has jodido la vida. Me la has jodido bien.

Al apretar las tijeras, Bruno se hace un corte en la mano. Gotas de sangre caen sobre el suelo del despacho.

Alfredo.- No lo hagas. Solo es un examen. Por favor. Solo es un examen.

Bruno.- Es mi futuro, profesor. No es solo un examen.

La hoja de la tijera roza la piel de Alfredo.

Finalmente, Bruno se separa y deja las tijeras manchadas con su sangre sobre la mesa.

Es mi futuro.

Alfredo.- *Al ver la sangre en la mano de Bruno. Toma. Se saca un pañuelo del bolsillo y se lo da.* Tienes un corte en la mano.

Bruno se ata el pañuelo en la mano a modo de venda. Alfredo se sirve otra taza de café.

Ahora siéntate. Siéntate, por favor. Por favor.

Bruno se sienta.

Empecé a beber café con nueve años. Me tomaba una taza y ya no podía dormir en toda la noche. Siempre he tenido la sensación de que disponía de muy poco tiempo, tiempo para leer, para estudiar, para escribir. Con veinticuatro horas uno no tiene ni para empezar, ¿no crees? Me acostumbré a dormir poco. Ahora apenas consigo dormir una o dos horas al día. Dicen que nadie puede vivir más de once días sin dormir. Dormir, morir, tal vez soñar. Pensé que si dejaba de dormir dejaría de soñar, pero se puede soñar despierto y morir viviendo o durmiendo o escribiendo o lo que sea. Tal vez deberías haberme matado, tal vez fuera ese el principio que ando buscando.

Bebe.

Bruno.- Usted ya tiene su principio.

Alfredo.- Sigo delante de una página en blanco.

Bruno.- ¿Qué quiere de mí, profesor?

Alfredo.- No te he suspendido porque pienses que no puedo enseñarte nada.

Bruno.- *Coge su examen, lo arruga y lo tira al suelo.* Esto es lo que yo pienso.

Alfredo.- Tendría que expulsarte.

Bruno.- Todo ha sido un malentendido, profesor. Ya sabe, una “interpretación infeliz”...

Alfredo.- Háblame de Alba.

Bruno.- ¿De Alba? No le entiendo, ¿qué quiere saber? No tengo nada que contarle.

Alfredo.- Historias imposibles. Alba es especial. Lo supe desde el primer momento. Igual que Mara. ¿La quieres? Claro que la quieres, pero ella no te quiere a ti. Ella quiere a Mara. *Apura su taza de café.*

Bruno.- ¿Qué le ha dicho ella? ¿Le ha hablado de mí?

Alfredo.- De ti no me ha contado nada.

Bruno.- Porque no hay nada que contar, ya se lo he dicho.

Alfredo.- Te he suspendido porque eres parte de la historia.

Bruno.- Yo no soy parte de nada, profesor.

Alfredo.- Te equivocas. Eres parte de Alba. ¿Sabías que en clase, ella sin mirarte, te mira? Hay algo entre vosotros, pero no sé lo que es. ¿Te duele? Sí, claro que duele, siempre duele. *Pausa breve.* Mi página sigue en blanco, Bruno, hay demasiado espacio en blanco en esta historia. Háblame de Alba.

Alfredo se sirve la enésima taza de café.

Bruno.- Muy bien, profesor. *Siente los latidos de su corazón en el corte de la mano.* Alba siempre tiene algo que contarte, historias increíbles que solo pueden pasarle a alguien increíble... ¿Por eso la ha suspendido? ¿Por su talento? ¿Porque ella tiene algo que usted ya no tiene?

Alfredo.- Es posible. Aunque a mí no me gusta hablar de talento, prefiero llamarlo insistencia. He escrito 23 novelas, algunas de ellas premiadas, la mayoría traducidas a distintos idiomas. ¿Soy un escritor con talento? He insistido mucho, eso sí, he luchado con todas mis fuerzas por cada una de las palabras que he escrito, ese es mi único talento. Y ahora volvamos al principio, a Alba. Por supuesto, te enamoraste de ella nada más conocerla...

Bruno.- No. La quise desde antes incluso de conocerla. *Pausa breve.* La vida a través de sus ojos tenía algo de sentido, ¿sabe? Aunque nunca tenía la certeza de si todas esas historias que me contaba eran verdad o algo que su mente había imaginado. No me importaba, en el fondo me daba igual. Ella quería ser escritora y yo solo quería que ella

me quisiera. Y ella me quería, a su manera.

Alfredo.- ¿A su manera, qué manera? ¿Qué historias?

Bruno.- Historias imposibles. Alba podía estar tomándose una cerveza contigo en un bar y decirte, “ahora vuelvo”, ir a la otra punta de la barra, ponerse a hablar con una chica, cogerla de la mano y salir de allí sin despedirse. Al día siguiente me llamaba para contármelo todo, muy excitada, “¿la viste? ¿No era preciosa?” Una vez me dijo muerta de la risa que su coño era para las mujeres, pero que su corazón era solo para mí. Yo quería creerla, de verdad, quería hacerlo... A veces se enamoraba de alguien, alguien imposible, y lo pasaba fatal, venía a contármelo y yo la escuchaba mientras la miraba a los ojos y me sentía bien, joder, me sentía bien al verla destrozada, me sentía bien escuchando sus historias imposibles, sintiendo su dolor que era el mío. *Su voz es dura*. Empecé a tomar drogas para poder seguir escuchando sus historias y para soportarme. Y para dejar de sentirme así.

Alfredo.- ¿Así, cómo?

Bruno.- Como una mierda. Sé que a ella no le gustaba, cuando iba colocado, pero no me decía nada. Una noche salimos a tomar unas cañas al bar de siempre y la seguí hasta el cuarto de baño. Yo iba de coca hasta las cejas y entré detrás de ella. Aquel cuarto de baño olía a lejía. Ella me dejó hacer. Eso fue hace tres años. Desde entonces no había vuelto a hablar con ella, hasta hoy.

Oscuro.

Luz en el pasillo.

Pausa larga, exacto, de 5 segundos.

Carmelo.- *De improviso, quitándose los cascos.* ¿Por qué te presentaste al examen?

Juanjo.- ¿Me dices a mí?

Carmelo.- Sí. ¿Es un poco raro, no?

Juanjo.- ¿Qué?

Carmelo.- Que te presentaras al examen.

Juanjo.- Quiero terminar la carrera.

Carmelo.- ¿Para qué?

Juanjo.- Hostia, pues para tener un título.

Carmelo.- ¿Y para qué quieres tener un título?

Juanjo.- Pues para lo mismo que tú, ¿no? *Pausa breve.* Para que mi madre pueda enmarcarlo y colgarlo en el salón.

Carmelo.- Qué cabrón.

Alba mira a Mara como diciendo "¿De qué van estos dos?". Mara le contesta con otra mirada en la que adivinamos un "No tengo ni idea".

Alba.- Sí que tarda.

Mara.- Creo que voy a irme.

Alba.- ¿A sentarte en la última fila? Así podrás seguir mirándonos a todos desde allá arriba, como una reina observa a la plebe desde lo alto de su castillo. Perdona, no quería decir eso.

Mara.- Sí, sí querías decirlo.

Alba.- *Silencio.* A lo mejor te aprueba.

Mara.- Es que no sé si quiero que me apruebe...

Empieza a andar.

Alba.- Mara.

Mara.- Qué.

Alba.- Nada que... espero volver a verte, aunque sea en la última fila.

Mara.- Quién sabe.

Alba.- Ya.

Mara.- ...

Alba.- Si quieres, cuando quieras, podrás encontrarme en la primera fila.

Mara.- No me gustan las despedidas, como los finales tristes, me deprimen.

Alba.- Piensa que un final, aunque sea malo, a veces puede convertirse en un buen principio.

Bruno abre la puerta y sale. En el pasillo todos están quietos, mirándole.

Bruno.- Ya puede pasar el siguiente. *Mira a Juanjo.* Creo que te está esperando.

Juanjo obedece. Sin llamar, abre la puerta del despacho de Alfredo y entra. Cierra la puerta tras él.

Luz en el despacho de Alfredo.

Podemos ver al mismo tiempo lo que pasa dentro y fuera del despacho.

Bruno.- Alfredo me ha dado esto para ti. *Le entrega una hoja doblada a Mara.*

Mara se aparta de los demás. Mira la hoja doblada. Es su examen.

Se muere por ver la nota.

Alfredo.- ¿Cómo estás?

Juanjo.- Bien.

Alfredo.- ¿Y tu madre?

Juanjo.- Ahórrate los formalismos, sé que habéis hablado por teléfono.

Alfredo.- Me sorprendió verte en el examen. Al no venir a clase pensé que no te ibas a presentar. Pero me equivoqué. Te he puesto un 2,7. Bueno, la nota es lo de menos, lo importante es que te presentaste. He pensado mucho en ti durante estos días, desde el examen. Imaginé que vendrías a la revisión, quería escoger las palabras adecuadas...

Juanjo.- Quiero ver mi examen.

Alfredo.- ¿Tu examen? Claro, está en ese montón. *Apura su café.* Estoy escribiendo una novela, ¿te lo había dicho? En la vida, al igual que en la Pragmática, el contexto es fundamental, ¿no crees? Hay cosas que aún no tengo claras, cosas a las que le tengo que dar una vuelta, el principio, sí, tengo algo, pero necesito un poco más de tiempo...

Juanjo.- No me queda tiempo para ti.

Alfredo se sirve otra taza de café.

Mara mira la nota de su examen.

Mara.- *No se lo termina de creer. Me ha puesto un cinco.*

Alba.- Qué.

Mara.- Estoy aprobada.

Alba.- ¿En serio? ¿A ver? ¡Enhorabuena! *La abraza torpemente.*

Mara.- Gracias. *Sus ojos se humedecen.* Se ha terminado, todo... se ha terminado.

Carmelo.- Ya eres licenciada.

Mara.- Sí, claro.

Carmelo.- Genial, ¿no? Tu mamá ya puede colgar el título en el salón...

Mara.- Sí, sí. *No puede contener las lágrimas.*

Alba.- ¡Oye! Vamos, tonta... *Vuelve a abrazarla.*

Carmelo.- ¿Qué he dicho?

Bruno.- Nada, será la emoción, supongo.

Carmelo.- Joder, parece que la hayan suspendido.

Se coloca los cascos para oír música.

Juanjo encuentra su examen. Está en blanco. Solo aparece escrito su nombre y un 2,7 rodeado de un círculo.

Juanjo.- Ni una palabra. No escribí ni una palabra y me pones un 2,7. Solo puse mi nombre. ¿Eso es lo que valoras tu apellido? ¿Un 2,7?

Alfredo.- Ya te he dicho que la nota es lo de menos, lo importante es que te presentaste. Yo no sabía, no podía, quería hacerlo, de verdad, llamarte, pero tenía que escoger las palabras adecuadas, ¿te lo había dicho ya? Estoy escribiendo una novela y..., ¿entiendes lo que te digo?

Juanjo.- La verdad es que no.

Alfredo.- Por eso estoy escribiendo esta historia, para poder escoger entre tantas palabras las verdaderamente imprescindibles. Ni una más ni una menos.

Juanjo.- *Dejando su examen encima de la mesa.* Estas son las únicas palabras que va a haber entre nosotros. *Pausa breve.* Esto es una revisión, ¿verdad? Bien, pues revisa mi examen y ponme la nota que merezco.

Alfredo.- *Como un eco.* La nota que mereces.

Juanjo.- Un cero.

Alfredo.- Juanjo, por favor.

Juanjo.- Esa es la nota que merezco, un cero. Si no me cambias la nota iré con este examen al vicerrectorado y un tribunal me la cambiará. Por supuesto, a ti te echarán a la calle. Si es eso lo que quieres...

Alfredo.- Decir y hacer. Dices que te ponga un cero, pero lo que realmente quieres hacer es suspenderme a mí, lo cual es comprensible, en cierto modo...

Juanjo.- ¿Suspenderte? Si pudiera levantarme de esta silla lo que haría es partirte la cara, eso es lo que haría. Así que déjate de gilipolces y cámbiame la nota.

Alfredo.- Implicación y presuposición. No he estado a tu lado en todos estos años, implicación cero, por lo tanto presupones que yo no he querido saber nada de ti.

Juanjo.- ¿Puedes dejar de utilizar toda esa literatura de mierda y hablar conmigo? Soy una persona, ¿sabes? No una pregunta de examen o un personaje de una de tus novelas.

Alfredo.- Toda esa literatura de mierda es lo único que me queda. *Respira hondo.* Verás, con el tiempo he intentado pasar página a una parte de mi vida y ahora me doy cuenta de que...

Juanjo.- ¿Pasar página? ¿Qué coño dices? No te entiendo, hablas y hablas pero no dices nada. Solo palabras absurdas, gastadas de tanto usarlas. Quiero mi nota. La que merezco.

Alfredo.- Está bien. Pero antes quiero que me escuches.

Juanjo.- No, gracias, paso.

Alfredo.- He escrito esta historia para ti...

Juanjo.- No quiero más historias.

Alfredo.- Es el principio de una historia, de mi historia, escúchame y después reviso tu examen. Te lo prometo. Solo será un momento.

Juanjo le mira intentando encontrar las palabras adecuadas, pero no lo consigue.

Alfredo rebusca entre sus papeles algo que tenga sentido.

Con las dos manos, Alba coge a Mara de la cabeza.

Alba.- *Sin levantar la voz.* Es lo mejor, Mara, vamos, tú lo sabes, es lo mejor, hay historias que no llevan a ninguna parte, que tienen que terminar. Las cosas duran lo que duran, tú lo sabes, Mara, esto ya duraba demasiado...

Mara.- *Inaudible.* Me ha aprobado... Qué voy a hacer ahora...

Alba.- Ahí tienes tu principio. Por lo pronto olvidarte de Alfredo y tirar p' adelante.

Mara.- *A sí misma.* ¿Por qué me habrá aprobado?

Alba.- No pienses en eso ahora, te ha aprobado y punto.

Mara.- *A Bruno.* ¿Qué te ha dicho? ¿Sabes tú algo, por qué...?

Alba.- ¿Qué te ha pasado en la mano?

Bruno.- Me he cortado. No es nada. No lo sé, en serio, solo me dijo que te diera tu examen.

Mara.- Voy a entrar, tengo que hablar con él.

Alba.- ¡No, Mara, no! No lo hagas, no te hagas eso.

Mara.- Déjame en paz. Tengo que hablar con él. Tengo que saber por qué me ha aprobado.

Alba.- *Lapidaria.* Mara, te ha aprobado porque ya no te quiere.

Mara.- ¿¡Y tú qué coño sabes!? ¿Porque te sientas en primera fila delante de Alfredo te crees que eres alguien especial? Pues no es así. No eres especial, nadie en esa clase lo es. Ni siquiera yo.

Pausa breve.

Si estás en la última fila detrás de ti ya no queda nadie, ¿sabes? Ya no queda nada.

Alba.- Puedes mirar hacia adelante, Mara, mira hacia adelante.

Mara.- Miro hacia adelante, pero solo le veo a él..

Sale corriendo por el pasillo. Alba no sabe si ir tras ella. Bruno le dice que no con la mirada.

Carmelo observa curioso como Mara entra en el cuarto de baño que está unas siete puertas más allá.

Alba sale tras ella.

Juanjo.- No tengo todo el día.

Alfredo.- *Echa un vistazo a unas notas apresuradas escritas en cualquier parte.* Me hubiera gustado tener algo más de tiempo, tenerlo todo terminado, en fin...

Alba.- *Delante de la puerta del cuarto de baño.* Mara, ¿estás bien?

Mara.- *Mara no está bien.* Sí, no te preocupes.

Alfredo.- Quería a tu madre desde antes incluso de conocerla. Hablaba por los codos, siempre tenía algo que contarte, historias increíbles que solo podían pasarle a alguien increíble...

Juanjo.- Mira, me lo he pensado mejor, no quiero oír este discursito que me has preparado.

Alfredo.- *Rápido.* Coincidimos en la facultad, ella se sentaba en la última fila y yo en la primera [...]

Alba.- Déjame entrar, por favor. Mara...

Alfredo.- [...] Podía sentirla detrás de mí y yo, sin verla, la miraba. No podía dejar de mirarla. A veces, levanto la vista en clase y aún me parece verla allí sentada [...]

Mara.- *Se sienta en la taza del váter.* No quiero, no puedo, ahora no, hablar contigo.

Alfredo.- [...] Nos hicimos amigos, de esos que se llaman por teléfono para no contarse nada y contarse todo. Ella salía con mujeres, relaciones cortas que apenas duraban lo suficiente para que doliese demasiado. Hasta que conoció a una chica y

empezaron a salir en serio [...]

Alba.- *Apoyada contra la puerta.* Mara, no me importa, de verdad, no me importa que no me quieras,...

Alfredo.- [...] Intenté olvidarla, lo intenté, dejé de ir a clase para no verla, solo me presentaba a los exámenes.

Juanjo.- *Al mismo tiempo.* Se te ha ido la olla. Para. He dicho que pares de una vez, joder, no quiero seguir escuchándote.

Alfredo.- *Atropellado.* Terminé la carrera y empecé a trabajar en la universidad. Escribía mucho y eso me hacía no pensar demasiado en ella. Aunque de una forma u otra ella siempre estaba ahí [...]

Alba.- ...estoy aquí, Mara... no me voy a mover de aquí, por favor, dime algo.

Alfredo.- [...] Hasta que un día me llamó por teléfono... aquella conversación fue surrealista... me pidió que yo... que fuera el padre de su hijo. Ella sabía que yo estaba enamorado de ella y aún así me lo pidió... Quedamos en mi casa, unos días más tarde, quería verme... Después de aquella noche tu madre se marchó, no me dijo dónde... no volví a verla, ¿qué querías que hiciera? Ni siquiera sabía si la había dejado embarazada.

Mara se pone de rodillas, abre la taza del váter y vomita.

Alba.- Mara, abre la puerta.

Juanjo.- ¡Que lo dejes ya, hostia!

Alfredo.- *Masticando las palabras.* Ella me llamó, cuando te ingresaron en el hospital. Quería verte, pero no sabía qué decirte, como ahora.

Bruno se acerca a Alba. Lleva el examen de Mara en la mano.

Mara.- ¡Que te vayas!

Alba lo coge y se lo pasa a Mara por debajo de la puerta.

Bruno.- Se le pasará.

Alba.- ¿Tú crees?

Bruno.- *Mirándose la mano.* Quedará una cicatriz. Pero todas las heridas terminan

cerrándose.

Juanjo.- Toda esta historia que te has inventado, ¿por qué?

Alfredo.- Yo no me he inventado nada.

Juanjo.- Además de un cerdo eres un mentiroso.

Alfredo.- *Sorprendido.* No te entiendo.

Alba.- ¿Y tú?

Bruno.- Qué.

Alba.- ¿Qué tal tu revisión?

Bruno.- *Escoge la palabra adecuada.* Intensa.

Juanjo.- ¿Te estás quedando conmigo o quieres que te parta la boca? Mi madre no es lesbiana. Solo era una alumna que quería aprobar un examen y no se le ocurrió nada mejor que liarse con su profesor. *Gotas de sudor resbalan por su frente.* Qué hijo de puta, no la aprobabas para poder tirártela y cuando te dijo que estaba embarazada le diste el cinco. Un aprobado para taponarle la boca mientras que le dabas la patada. *Mirando el enunciado del examen.* Pregunta número cuatro, profesor. Actos insinceros: la mentira.

¿Alguna vez en toda tu vida has dicho algo que no sea una puta mentira?

Alfredo.- Intenté escribir esta historia muchas veces, pero no me terminaba de convencer el principio, sí, el principio, así que lo he revisado tantas veces que... debo de tener algo escrito por aquí, algunos apuntes de entonces, tengo otros principios, si esperas un momento...

Empieza a revolver sus papeles. Hojas y más hojas caen al suelo por doquier.

Juanjo.- Estás enfermo.

Alba.- ¿Te ha subido las tres décimas?

Bruno.- No lo sé, y eso que tenía una estrategia, pero no resultó. La verdad, no creo que me haya aprobado.

Alba.- Joder.

Bruno.- Da igual.

Alba.- No, no da igual.

Alfredo.- *Sin parar de rebuscar entre sus papeles.* Acababa de perder a mi mujer, yo no estaba bien, apenas dormía, no dejaba de escribir, escribía para no pensar, no pensar en ella y..., no sé cómo ocurrió, de verdad, no puedo recordar qué pasó exactamente, cómo empezó todo, el principio... pero tenía que aprobarla y la aprobé, no era solo un examen, era su futuro... y el mío. *Para de golpe. Mirando a Juanjo.* ¿Lo entiendes?

Juanjo.- Lo entiendo perfectamente.

Alfredo.- Tiene que estar por aquí, si pudieras ayudarme a encontrar ese principio...

Oscuro en el despacho de Alfredo.

Bruno.- Alfredo me ha enseñado algo..., una parte de mí que no me ha gustado nada. *Respira.* Bueno, hay cosas más importantes que tres décimas.

Alba.- ¿Ah, sí...?

Bruno.- Sí.

Alba.- ¿Qué...?

Bruno.- Un buen principio.

Alba.- ...

Bruno.- Alba, mira... tú eres la escritora, tendrás que ayudarme... a encontrar, bueno, las palabras adecuadas.

Alba.- Cállate, gilipollas.

Alba se deja abrazar.

Bruno.- Yo también le conté algo, una historia.

Alba.- Sí...

Bruno.- Pero Alfredo quería algo que no podíamos contarle.

Alba.- Qué.

Bruno.- Su propia historia.

El abrazo se termina.

Bruno.- Larguémonos de aquí.

Alba.- Qué, no puedo dejarla así.

Bruno.- Ella tiene que salir sola de ese cuarto de baño. Vamos, que hace tiempo que no me cuentas una de tus historias imposibles.

Alba.- Espera un momento, ¿y las notas?

Bruno.- Ya las veremos publicadas en el tablón.

Carmelo, siete puertas más allá, se quita los cascos y observa a Alba y a Bruno andando por el pasillo de regreso al mundo real. Se vuelve a colocar los cascos. Selecciona la canción "Across the universe" en su Mp4.

Mientras oímos a John Lennon podemos ver cómo Alba se gira para mirar por última vez la puerta cerrada del cuarto de baño. Vemos a Mara sentada en el váter con la mirada fija en su examen. También vemos a Alfredo buscando su principio y a Juanjo contemplando su final.

Al terminar la canción, la puerta del despacho se abre y aparece Juanjo visiblemente acalorado.

Carmelo.- *Quitándose los cascos.* Ya era hora, creí que no terminarías nunca.

Juanjo.- No había escrito mucho en el examen, pero ya ves.

Carmelo.- ¿Te ha aprobado?

Juanjo.- Tengo la nota que merezco. ¿Y los demás?

Carmelo.- Se han ido. Ha aprobado a Mara.

Juanjo.- *Inaudible.* Qué cabrón.

Carmelo.- Antes de morirte podíamos quedar para tomar algo, una cervecita, ¿qué me dices?

Juanjo.- *Perfectamente audible.* Qué cabrón.

Carmelo.- Te veo en clase.

Juanjo.- Ya te dije que no voy a clase.

Carmelo.- ¿Y así cómo piensas aprobar?

Juanjo.- Ya.

Carmelo.- Yo tampoco voy a clase.

Juanjo.- ¿Ah, no, y qué coño haces en la universidad?

Carmelo.- *Se encoge de hombros.* Voy a la biblioteca y me meto en internet. O juego a las cartas en el bar de la facultad. Si hace buen tiempo me tumbo en el césped. Escucho música. Pienso. Miro a las chavalas. Me compro bocatas de tortilla de patatas. Leo libros de Stephen King. A veces, camino por el pasillo del Aulario, me meto en una clase cualquiera, no importa la carrera, me siento en la última fila y tomo apuntes como si fuera uno más.

Juanjo.- *Con media sonrisa.* Estás fatal.

Carmelo.- Tengo que entrar.

Juanjo.- Nos vemos.

Carmelo abre la puerta del despacho y entra. Juanjo sabe que ya no volverá a ver a Carmelo. Ni a Alfredo. Se va.

Oscuro.

Luz en el despacho de Alfredo. El suelo está lleno de papeles. Alfredo está sentado, pero no en su silla si no en la que está enfrente de su mesa. La jarra de café está vacía. Le da la espalda a Carmelo que mira el desorden con cierta curiosidad.

Alfredo.- Perdona el desorden.

Carmelo.- No se preocupe.

Alfredo.- Siéntate.

Carmelo.- *Duda, la única silla libre es la del profesor.* ¿Que me sienta?

Alfredo.- Sí, por favor.

Carmelo se sienta. Sobre la mesa, delante suya, está el examen de Juanjo. El 2,7 aparece

tachado y a su lado, escrito en rojo, un cero.

Carmelo.- *Saca del bolsillo un frasco de pastillas y las pone encima del examen de Juanjo.* Tenga, profesor. ¿Sabe? Es más fácil pillar algo de coca que un frasco de diazepam.

Alfredo.- ¿Cuánto?

Carmelo.- Esta vez le saldrá barato, profesor. Cinco.

Alfredo.- ¿Quinientos euros?

Carmelo.- No. Un cinco, en el examen.

Alfredo.- *Sonríe.* Pensé que eras de esos que no quieren terminar la carrera.

Carmelo.- *Improvisando.* Me estoy haciendo mayor, profesor. Además, las tasas han subido y la gente ahora se lo curra, quieren sacarse dos carreras a la vez y un máster, estudiar inglés y alemán, hacer un doctorado... Ya nadie se matricula en la universidad para vivir una experiencia vital.

Alfredo.- Muy bien, busca tu examen, tiene que estar en...

Carmelo.- Está aquí. *Coge el examen de Juanjo.*

Alfredo.- Ese no es tu examen...

Carmelo.- ¿Cómo que no? Sí.

Alfredo.- Deja ese examen encima de la mesa. No es el tuyo.

Carmelo.- Quiero un cinco en este examen, profesor. O tendré que llevarme sus pastillas.

Alfredo.- No puedes pedirme... no puedo hacer eso. Podrían expulsarme.

Carmelo.- Tendrá que arriesgarse, profesor.

Alfredo.- En serio, ¿no prefieres buscar tu examen? Estás en quinta convocatoria, si te suspendo te echarán de la carrera.

Carmelo.- ¿Sabía que es mentira eso de que la memoria de los peces apenas dura unos segundos? Si se desconoce su comportamiento, puede cometerse el error de creer que cuando no hay pesca es porque los peces se han agotado o, simplemente, porque se han marchado, cuando en realidad, lo que puede estar sucediendo es que sí están allí, pero ya no caen en la trampa.

Alfredo.- Necesito un café.

Carmelo.- *Abre el cajón y saca la botella de Jack Daniel's.* Pregunta número cinco, profesor: Sentimientos, pensamientos e intenciones. *Sirve un trago en la taza.* Nadie dice ya lo que siente o lo que piensa, ¿se ha fijado, profesor? Las promesas se hacen sin la menor intención de ser cumplidas. *Mira el examen de Juanjo.* Mira por dónde mi madre se va a quedar sin su título enmarcado en el salón. Las personas no van a cambiar. Las normas no van a cambiar. El mundo no va a cambiar. Y este rollo que puede sonar a final,

tal vez sea un buen principio, ¿no cree? Profesor...

Alfredo.- *Apura su taza de café.* Hace años que no puedo dormir, cierro los ojos, pero no puedo hacerlo. Y entonces me levanto y me pongo a escribir.

Carmelo.- ¿Se encuentra bien?

Alfredo.- *Coge el frasco de pastillas.* ¿Por qué se pudren más de un millón de cadáveres en esta ciudad? ¿Por qué mil millones de cadáveres se pudren lentamente en el mundo? Sólo necesito dormir, un par de horas será suficiente. Y entonces podré seguir escribiendo.

Carmelo.- ¿No cree que ya ha escrito suficiente?

Alfredo.- Es posible.

Carmelo.- ¿Y por qué no lo deja de una vez?

Alfredo.- No puedo hacerlo.

Carmelo.- Claro que puede, lo que pasa es que no quiere.

Alfredo.- *Bebe.* Y paso largas horas preguntándole a Dios [...]

Carmelo.- *Al mismo tiempo.* ¿Es verdad que Spielberg va a rodar una peli basada en su última novela?

Alfredo.- [...] preguntándole por qué se pudre lentamente mi alma.

Carmelo.- *Cogiendo las pastillas de la mano de Alfredo.* Bueno, veo que no me va a dar ese cinco...

Alfredo.- *Le sujeta la mano.* ¿Por qué prefieres que le apruebe a él y no a ti?

Carmelo.- *A los ojos.* Podía haberle pedido que nos aprobara a los dos, profesor.

Alfredo.- No te entiendo.

Carmelo.- Mi madre tampoco lo va a entender. *Se suelta.* Juanjo es un buen tío, me cae bien. Anda que si yo me estuviera muriendo me iba a presentar a un examen.

Alfredo.- ¿Juanjo se está muriendo?

Carmelo.- *Cogiendo el examen de Juanjo, detrás del enunciado de las preguntas solo hay una hoja en blanco.* Joder, está en blanco. No ha escrito ni una palabra. Qué cabrón. ¿Y qué quería, profesor, para qué vino a la revisión?

Alfredo.- No vino a revisar su examen. *Pausa. Revelador.* Se fue sin decirme una palabra, sin una nota de despedida. Igual que ella.

Carmelo.- ¿Qué?

Alfredo.- Mi mujer, yo la maté, justo antes de conocer a la madre de Juanjo, yo la maté. Y ahora él también se muere.

Carmelo.- *Para sí mismo.* Joder.

Alfredo.- Pasó mientras yo estaba escribiendo.

Carmelo deja las pastillas encima de la mesa.

Carmelo.- Creo que eso puede ser un buen principio, profesor.

Alfredo coge un bolígrafo del suelo y corrige la nota del examen de Juanjo. Tacha el cero y le pone un cinco.

Carmelo coge el examen y se lo guarda. Se coloca los cascos y sale del despacho cerrando la puerta tras él.

Luz en el pasillo.

Delante de la puerta del despacho está Mara, con su examen en la mano. Carmelo la mira, no sabe qué decir, mira al suelo y empieza a andar por el pasillo.

Alfredo abre el bote de pastillas.

Mira atentamente la hoja en blanco de su ordenador.

Mara alarga su mano hacia el pomo de la puerta, pero finalmente decide no entrar en el despacho.

Deja caer su examen al suelo, se da media vuelta y se marcha.

OSCURO FINAL.

Alicante/Madrid Junio 2013

pascualcarbonell@hotmail.com